

ROGER CASEMENT EN CANARIAS

DIARIO BLANCO, DIARIO NEGRO

Funambulista publica 'Diario del Amazonas', de Roger Casement, el cual tiene todavía un gemelo inédito en España, 'Diario negro', donde se escogen sus aventuras homosexuales en Congo, Iquitos y Canarias.

Antonio Bordón

Decía Wislawa Szymborska, en *Lecturas no obligatorias*, que "el orden natural del mundo es el de ir perdiendo la vista y el oído para aquello que ya se fue. Pero eso no quiere decir que tengamos que resignarnos". Es el caso de Roger Casement (1864-1916), evocado por Mario Vargas Llosa en su novela *El sueño del celta*. Ahora que se extiende un aire de gloria y recuerdo para la obra humanitaria y para la persona, cómo no, del ex cónsul británico y mártir irlandés, las editoriales españolas se disputan los derechos de sus libros. La editorial Funambulista acaba de sacar a la luz una selección de fragmentos de su *Diario del Amazonas*, y Ediciones del Viento anuncia para los próximos meses el *Informe del Putumayo*, escrito por Casement a instancias del Foreign Office sobre la brutalidad ejercida por la Peruvian Amazon Company sobre los nativos durante la explotación del caucho en el Amazonas hace poco más de cien años.

El imperialista, rebelde, revolucionario, controvertido Casement fue siempre un batallador heroico en los lances más arriesgados: 1) participó en misiones secretas de la inteligencia británica durante la Guerra de los Bóers; 2) denunció uno de los mayores genocidios del siglo XX, el del Estado Libre del Congo, perpetrado por Leopoldo II de Bélgica, un monarca que se adelantó a su tiempo matando, exterminando a



Roger Casement. | LA PROVINCIA/DLP

El imperialista, rebelde y revolucionario Casement fue siempre un batallador heroico

la mitad la población congoleña; 3) levantó cargos criminales contra algunos trabajadores de la Peruvian Amazon Company; 4) apoyó la petición de autogobierno por parte de Irlanda, que desembocó en el Alzamiento de Semana Santa de 1916. Posteriormente sería capturado, juzgado y ahorcado en la prisión de Pentonville, en Londres, pese a las peticiones de clemencia de autores celeberrimos como Arthur Conan Doyle, G. K. Chesterton o William Butler Yeats.

Por encima y por debajo de la existencia viajera y dramática de Casement, había siempre el ineludible imperativo del yo romántico, una alienación voluntaria por las causas nobles, actitud de sacrificio, pesimismo resguardado como una herida vieja y una total, individual y sacrificada entrega al prójimo, que llevó a Arthur Conan Doyle a inspirarse en él para uno de los personajes de su novela *El mundo perdido*, Lord John Roxton, un aventurero que conoce el Amazonas como la palma de su mano. Estas mismas características fueron las que observó un jovencísimo Joseph Conrad (entonces llamado Józef Teodor Konrad) cuando conoció a Casement en el Congo en 1890. Conrad dejó constancia del feliz acontecimiento en su *Diario del Congo*: "Conozco a Roger Casement, lo que consideraría un placer en cualquier otra circunstancia y ahora se ha convertido en toda una suerte. Piensa, habla bien y es muy inteligente y comprensivo". Probablemente éste sea el

más fiable de los retratos de Casement, antes de que su implicación en la causa irlandesa llegara a conocerse, y sobre todo de que vieran la luz pública, tras su detención, algunos fragmentos de su diario, el polémico *Diario negro* —inédito en España—, en el que describía sus aventuras homosexuales ("obscenidades pestilentes", las llama Vargas Llosa) en los mismos años en que realizaba su trabajo humanitario en el Congo y el Putumayo, rebautizado por el propio Casement como "un nuevo Congo", y que las entradas del *Diario del Amazonas* ciertamente no hacen sino confirmar: "Dyall vino a las 8:00 o a las 8:30 y yo traje a Barnes para que escuchara su declaración, una de las más indignantes. Este hombre es un bruto, pero ha sido empleado por brutos aún mayores. [...] reconoció haber asesinado a cinco indios con sus propias manos: dos por disparos, dos golpeados hasta la muerte 'destrozando sus testículos' con una vara, y otro azotado".

Si no cabe ninguna duda sobre la veracidad de los hechos narrados en el *Diario del Amazonas*, lo mismo cabe decir de su *Diario negro*, pese a que algunos en su época, debido a un fuerte conservadurismo social, dudaron de su autoría. Un aliento agríndice, la reflexión después del gozo, atraviesa este *Diario negro*, publicado por primera vez en París en 1959. El mismo aliento que lleva de la mano al lector para que éste atrape un enigma enunciado en los nombres y edades de sus protagonistas. En las entradas re-

lativas a su estancia en Las Palmas, donde fue recibido por el cónsul británico Swanston en el hotel Santa Catalina, se lee sucintamente: "20 de Marzo [1903]: Juan 20". En otra entrada: "Pelo rubio, ojos azules, ropa marrón, alrededor de 17" o "Pepe, 17, comprado cigarrillos 'mucho bueno'; X..., 16 pesetas".

El tour sexual de Casement se trasladaría después a Tenerife, a donde llegó a bordo del vapor *Viera y Clavijo* —en el *Diario* el nombre está mal escrito: 'Viera y Clarige'—, que cubría el servicio de correos entre las Islas, y que en 1899 había servido para repatriar a 114 soldados canarios procedentes de Cuba. Casement se alojó en el desaparecido hotel Pino de Oro. En los alrededores del hotel mantuvo encuentros furtivos con algunos jóvenes canarios: "Llega X..., barbilampión, de 21 ó 22; le di cerca de 13 pesetas, quedamos para mañana". También le sacó fotos, como a los nativos del Congo y el Putumayo, empeñado en conservar y detener el tiempo pasado que hubiera querido vivir como un nuevo, apolíneo y decadente Marqués de Bradomín.

Si bien el *Diario negro* es mucho más breve que el *Diario del Amazonas* y no narra con la claridad y cuidado con que lo hace este último, tiene un encanto especial: es el testimonio de un hombre al que su condición homosexual le exigió una sumisión similar a la de los nativos bajo la opresión del hombre blanco. Aunque quizá sólo sean cosas mías.

LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE MERCEDES PINTO

[A. B.]

Resulta difícil sobreponerse al estupor que suscita la lectura de la novela *Él*, de la escritora tinerfeña Mercedes Pinto, que Ediciones Escalera acaba de reeditar junto a su novela autobiográfica *Ella*. Cuesta creer que, hace casi un siglo, se escribiera así: "Ven acá, dolor, tan injustamente tratado por los hombres; acércate a mí que tan bien te conozco y a quien tú has cuidado desde niña como a la flor preferida de tu jardín. Tú me has elegido como a una novia desde que abrí los ojos a la luz... tú me has alimentado dándome a beber en tu cáliz más áureo, las lágrimas más amargas y excitantes". Cuesta aceptar que, quien lo compuso, fuera una de las pensadoras feministas más radicales de su época, impulsora del divorcio "co-

mo medida higiénica" y luchadora contra la violencia física y psicológica en el matrimonio.

Mercedes Pinto nunca eludió —y eso la honra— que fue una mujer maltratada por un marido perturbado, Juan de Foronda, con quien se casó en 1909 y tuvo tres hijos. Tras unos años difíciles, marcados por la enfermedad terrible que él padecía, y de la que entonces apenas se sabía nada, salvo que "lleva al alma del cónyuge sano el terror y la inquietud constante", la escritora consiguió internarlo en una clínica psiquiátrica. Enseguida se trasladó a Madrid y reanudó su vida. A la sazón empezó también su angustia; las horas dedicadas a narrar su dolorosa experiencia para que otras mujeres no tuvieran que oír, como la protagonista de *Él*: "Soporta más, pobre niña, so-



Mercedes Pinto. | LA PROVINCIA/DLP

porta más aunque no sea más que por ellos', por esos pobres niños, a quienes el mal ejemplo de una

separación desmoraliza".

Él, llevada a la pantalla por Luis Buñuel en 1953, arranca presentando a los dos cónyuges como contrarios: "Él era el Amo, Rey, Dios [...] Y a mí misma me veía como un fantasma". Con un ritmo ligero, la escritora va sumergiéndolo al lector en una novela que adopta los rasgos de un relato negro en el que la protagonista sigue los pasos de su marido mientras éste se precipita en su ordinaria locura. Pinto logra momentos de gran profundidad emocional, intimidad y tensión psicológica. No pierde nunca el control sobre los sentimientos del lector y sabe cuándo debe estremecerle, indignarle o ponerle los pelos de punta. Una parte importante de la novela tiene un sentido de denuncia muy nítido y fuerte.

Si hay novelas que son como la

vida misma, también hay vidas cuyas dimensiones superan la fantasía más novelesca. La de Mercedes Pinto es, sin duda, de esta especie, como corroboran las páginas autobiográficas de *Ella*, "escritas con las sienes ardiendo de fiebre, con el corazón palpitando de angustia, con los pulsos trementales de terror". En ellas la escritora se muestra amarga, sombría, le cuesta vislumbrar el final. La suya es una doliente reflexión sobre una época, sobre un mundo provinciano y sobre la condición de las mujeres que lo habitan resueltas a vivir a base de tretas, de expolios, de conquistas turbias. Y es aquí donde Pinto esboza un cuadro conyugal de rasgos infernales del que hace partícipe al lector hasta que "el miedo me da fuerzas y escapo al fin". Ojalá hubiese más mujeres con su valor.